

7. Una referencia a la discusión sostenida por Adorno con el racionalismo crítico de Popper y Albert acerca de la lógica de las «ciencias sociales» (en la llamada *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, por decirlo con el título de la obra que recogiera las conferencias de aquellos en el Congreso de Tübingen de 1961) nos parecería el complemento necesario a la tematización de las objeciones adornianas a los métodos de investigación empírica de la *social research* estadounidense. Que el empeño que la filosofía expresa de decir la verdad del fenómeno social interpretándolo no se deje reducir sin violencia a la lógica (falsacionista) de la investigación —necesitada de un *prius* lógico, que la dialéctica adorniana, como hemos dicho, desmascara y disuelve— de las ciencias naturales, fue el pensamiento capital que en ese contexto fue defendido contra las intenciones de Popper y Albert a tal respecto. En la medida en que fue, una vez más, «Actualidad de la filosofía» el lugar en que Adorno consignó originalmente esta diferenciación, hecha valer treinta años después contra el monismo popperiano, las omisiones de UG reciben significación filosófica.

mo de su ligazón a otras dimensiones intelectuales del biografiado,⁷ los pasajes dedicados al contacto de Adorno con la sociología norteamericana y la naciente teoría de la comunicación —aquel modo de entender la intelección de lo social que inició un estilo de categorización listo para servir de plantilla al estudio de mercado— de Lazarsfeld, nos parecen más allanados al tránsito del enfoque que Claussen defiende. Los análisis de los *mass media* que éste realiza al hilo de la categoría «industria cultural» (*Dialéctica de la Ilustración*) son, por ello, los más informados y con mayor recorrido del texto. En segundo lugar, reseñar la libertad que este autor ha conservado respecto a los efectos deformantes de la lectura habermasiana de la herencia de su biografiado, tan ubicua durante años, y que tanto contribuyó a difundir la semblanza minimalista arriba mencionada. Se deja entender en este sentido que la obra cierre con un breve pero ilustrativo apéndice epistolar donde se recoge, entre otras cartas reveladoras, aquella de Horkheimer a Adorno en la que el primero advierte, veinte años antes de la publicación de *Teoría de la acción comunicativa*, de las intenciones ya manifiestas de su autor: «Todo eso de la “superación de la filosofía” —sentencia Horkheimer del gesto de Habermas— no es sino idealismo extremo». Indicativo de la tendencia dominante en el seno de la teoría crítica tras la muerte de sus primeros representantes, tendencia, a fin de cuentas, a cuya revisión contribuye UG, por los motivos referidos, con instrumentos de efectividad tan sólo discreta. ■

Rafael Benlliure es doctorando del Departamento de Filosofía de la Universitat de València y profesor de Secundaria (IES L'Estació, Ontinyent).

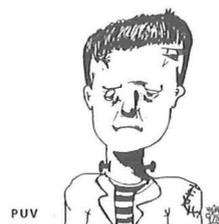
Lo dulce y lo útil

Begoña Sáez

Decía Borges que nuestra memoria a lo largo del tiempo va formando una biblioteca personal, de preferencias, hecha de textos dispares y heterogéneos cuya lectura fue una dicha y que nos gustaría compartir. Hasta tal punto insistía en el goce del lector que llegaba a afirmar: «Que otros se jacten de los libros que les ha sido escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer». F. Savater en *La infancia recuperada*, repitiendo otra expresión del ineludible Borges, comentaba las obras de algunos de los tantos amigos que le había dado la lectura y que tuvo su continuación en *Criaturas del aire*, una suerte de archivo-narración de las historias que más le habían hecho disfrutar.

Pero el placer del lector no se puede desligar de *quién* lee y de sus motivos, de todas esas preguntas que formula R. Piglia en *El último lector*: dónde está leyendo, para qué, cómo, etc. Y entre estas dos condiciones cabe situar *Héroes alfabéticos* del profesor y especialista en historia cultural, Justo Serna. En «Queridos lectores» (13-33), el preámbulo que abre el volumen, Serna insiste en estos dos aspectos. No oculta su pasión como lector de novelas y responde abiertamente al subtítulo de su obra: «por qué hay que leer novelas», una pregunta que parece remitir a aquel episodio en el que, como él mismo relata, C. Ginzburg aconsejaba a los estudiantes de historia: «leer novelas, muchísimas novelas» y que ya utilizó en 1996 en *Literatura e historia cultural*. La razón no era otra que la de nu-

Justo Serna
Héroes alfabéticos



Justo Serna
Héroes alfabéticos.
Por qué hay que leer novelas,
PUV, 2008, 301 págs.

tirirse de esa necesaria «imaginación moral», mezcla de empatía y distanciamiento, con la que situarse como observadores ante los sujetos históricos. De ahí estos personajes de novela ordenados alfabéticamente, que para el historiador son testigos «excepcionales de un archivo dudoso» (29) o, en una palabra, objeto de historia cultural.

Pero el autor de esta crónica personal y apasionada en la que no faltan comentarios al significado que en su adolescencia tuvo la lectura como «un fármaco para soportar la vida» (104) o su recuerdo de niño «apostado frente al kiosco leyendo con vehemencia» (211) las cubiertas de la prensa, es cauto y respetuoso a la hora de tomar como referencia la literatura. Por ello, siguiendo a Eco, sabe que se imponen ciertos límites a la interpretación y define su perspectiva de «historiador que lee ciertas novelas como documentos culturales que internamente edifican un mundo; (...) versiones de hechos que suceden a personajes que podrían ser históricos» (33). Esta es precisamente la clave que cohesiona este volumen constituido por distintos artículos publicados entre 1996 y 2007 en *El País*, *Levante-EMV* o *Cuadernos de Pedagogía*.

Se nos invita así a un paseo sugestivo, una lección de lectura que comienza con adúlteras como E. Bovary y finaliza con vampiros como Drácula. La primera entrada dedicada a «Adúlteros» (37-52) reúne tres trabajos. «Amor y literatura», centrada en *Alves & C^a*. de Eça de Queiroz y conectada con la estela abierta por E. Bovary, sirve para disertar sobre la moral burguesa, el ángel del hogar y los cambios producidos. «Dr. Freud», a propósito de *Relato soñado* de A. Schnitzler, recuerda parte de la correspondencia de Freud con el novelista, ambos exploradores del orden burgués y de los oscuros territorios del ser, una novela que cobró actualidad gracias a *Eyes Wide Shut* de Kubrick y que fue lo que llevó a Serna al relato. Por ello, «Los ojos del pecador» es una coda al artículo anterior, una reflexión sobre la película de

la que se confiesa admirador y de la que destaca la modernidad que el director imprime al relato sobre todo a través de ese final explícito en el que el matrimonio se entrega sin ataduras no sólo a la fantasía sexual, sino a su realidad más placentera.

«Amotinados» (53-65) reúne un solo trabajo, «Historia y novela», centrado en *Un día de cólera*. Serna se muestra crítico con algunas consideraciones de A. Pérez-Reverte en torno al polémico tema sobre las fronteras entre crónica y ficción. No oculta que la novela peca en ocasiones de didactismo y dirige su lectura especialmente hacia su protagonista, la masa popular, un rasgo que podría acercar el relato al terreno de la microhistoria, pero que en cambio genera personajes planos y acaba derivando, como en el caso de *Alatriste*, hacia lo patriótico. Los artículos que componen «Detectives» (67-78): «El séptimo círculo» y «Yo maté a Carvalho», se complementan entre sí. El primero, constituido por una serie de notas sobre las reglas y variaciones del género policial, su evolución y su difusión en España en las colecciones de bolsillo, sirve de introducción al segundo, que, como reza su título, constituye sin duda la revancha de un lector decepcionado. Tras reflexionar sobre las aportaciones de M. Vázquez Montalbán a la novela negra con relatos como *Los mares del sur*, Serna no reprime la rabia ante obras como *El estrangulador*, que no duda en calificar de «auténtico vómito cultural» (75).

«Espías» (79-102), dedicado exclusivamente a una lectura global de J. Marías se ocupa en «Oxford» de *Todas las almas*, libro seminal por contener los motivos recurrentes de su literatura: la ciudad evanescente como un estado mental, lo ignoto, la amenaza de la muerte, la angustia o el desconcierto de lo real. De ahí que en «Espía como nosotros», sobre el ciclo de *Tu rostro mañana*, y en «La muerte en directo», donde no faltan referencias a *Vida del fantasma* o a *Corazón tan blanco*, vuelva sobre estos aspectos e insista más que en desentrañar la trama de es-

tos relatos, en su estilo y en el efecto que provoca su lectura.

«Fundadores» (103-114) es una pequeña crónica de relectura. En concreto, la que va del primer encuentro adolescente con *Cien años de soledad*, descrito en «La fundación del mundo», a la llevada a cabo con motivo de la edición conmemorativa de 2007 a cargo de la Academia en «Regreso a Macondo». Un regreso que no priva del poder fascinador de sus repetidas lecturas y con el que para Serna cabe retener y hasta recuperar su capacidad de contar. Por su parte, «Héroes» (115-130) es un recorrido por la obra de J. Cercas. «El secreto esencial», centrado en *Soldados de Salamina*, apunta a la importancia de las reflexiones sobre el misterio que rodea a toda peripecia existencial contenidas en *Relatos reales*. En «Un heroísmo posible», Serna subraya el gesto ideológico de esta narrativa: el acto individual de los personajes, su voluntad personal a la hora de tomar decisiones ante situaciones límite más allá de fatalismos o condicionantes. Motivos clave que retoma en «Las guerras civiles», donde el tema de la guerra trasciende todo localismo para configurarse como «último espacio de lo civil» (129), momento de la violencia originaria y «laboratorio en que examinar el temple moral –y civil– de quienes intervienen» (129).

Serna tampoco se olvida de dedicar un espacio a la literatura de terror, como puede apreciarse en «Híbridos» (131-145). En «Nada teme el hombre más que ser tocado por lo desconocido», título tomado oportunamente de *Masa y poder* de E. Canetti, analiza a propósito de *Otros mitos de Cthulhu* la expresión literaria de uno de los miedos más antiguos e intensos. Análisis que se continúa en «La paradoja Lovecraft», donde no soslaya aspectos biográficos del maestro del cuento de horror ni críticas a su técnica literaria, pero sobre todo acentúa sus aportaciones en el campo más elemental de la expresión del estremecimiento cósmico. Esta idea se retoma también en

«Admirable reaccionario», pero se trasciende al complementarse con las reflexiones de M. Houellebecq en torno a la revelación de la nada absoluta por parte de Lovecraft y que en última instancia es lo que, para Serna, le dota de contemporaneidad.

«Impostores» (147-164), en torno a la obra de L. Landero, se abre con «Faroni» y está, como su propio título indica, centrado en el protagonista de *Juegos de la edad tardía*. Se resalta ante todo el valor que en esta primera novela ocupa la fantasía, una figuración en absoluto delirante, sino lúcida, como modo terapéutico de salvar y embellecer la mezquina existencia y que reaparece en *El guitarrista* y en *Hoy, Júpiter*, novelas analizadas respectivamente en «El afán o el arte de contar la vida» y en «Ficciones necesarias».

Los dos trabajos contenidos en «Licántropos» (165-173): «¿El hombre feroz?» y «De lobos y rábanos», constituyen una aproximación a J. Tomeo cuya narrativa entrelazada de historias cómicas de soledad, delirio e incomunicación funcionan como una auténtica radiografía deforme de lo contemporáneo. Al ocuparse de la función del motivo de lo monstruoso en Tomeo, Serna no puede reprimir su fascinación por la figura del licántropo. De este modo se desvía del análisis de *La noche del lobo* y nos informa sobre los valores asociados a esta figura: el miedo ancestral al híbrido, el espanto ante la metamorfosis, el instinto de muerte que anida en lo humano o referencias a *El campamento del lobo* de Blackwood. Y todo ello para concluir sobre la inevitable transformación de esta figura en la literatura contemporánea, que, como en el caso de Tomeo, ha perdido aquella ferocidad primigenia para acabar inspirando ternura y compasión.

«Marcianos» (175-185) puede leerse como un homenaje a H.G. Wells, novelista que como se comenta en «¡Qué vienen los marcianos!» ha recobrado actualidad gracias al cine de Spielberg. Por ello, en «Drácula y los marcianos», Serna se detiene en comparar

La guerra de los mundos y su versión cinematográfica, pesadillas ambas sangrientas que le llevan a buscar asociaciones con *Drácula* y a recordar en «Las estrellas de la radio», la adaptación radiofónica de O. Wells. El hecho de que este serial de 1938 fuera tomado por un noticiero real residiría para Serna en haber introducido la figura del científico.

Pero el tono del libro no podía dejar fuera al gran héroe creado por M. Shelley. Por ello, «Monstruos» (187-208), compuesto por «Frankenstein en la Academia» y «Releer Frankenstein», nace a partir de la edición crítica de la novela a cargo de la historiadora I. Burdiel. En realidad este apartado es una extensa reseña de dicha edición, aderezada con comentarios en torno al potencial mítico y sugestivo de esta figura literaria y de impresiones suscitadas por el placer de la relectura.

En «Neuróticos» (209-219), si bien se alude a los personajes de J. J. Millás, se ocupa principalmente de *El Mundo* y se aprovecha para elogiar la faceta literaria y periodística del autor. Por ello, en «Cuando acierta» Serna defiende sus «articuentos» (212) y cuestiona los juicios negativos contra el periodismo. En «El cuento de la vida» se valoran, entre otros aspectos, el tono psicoanalítico de su narrativa, la búsqueda psicológica y el poder de la autoficción.

En «Oficinistas» (221-234), compuesto por «Interior de noche» y «El yo», se aborda la lectura del *Libro del desasosiego* de F. Pessoa desde la perspectiva de las claves de la modernidad: el hombre sin atributos, el tedio, la artificialidad del sujeto o el yo fracturado y su plasmación en una escritura fragmentaria. «Psicópatas» (235-254), dedicado a *El psiconalista* de J. Katzenbach, traza en «El diván» una panorámica sobre el freudismo, sus métodos y su desarrollo norteamericano como preámbulo al análisis de la novela desarrollado en «Freud y la reina que hilaba hierbas de oro». Para Serna esta obra peca de «demasiado refinamiento enrevesado finalmente inverosímil» (254) y por ello

echa en falta un relato eficaz y logrado sobre este sugestivo héroe literario.

«Robinsones» (255-274) es una aproximación a la obra de A. Muñoz Molina y a las claves que la recorren y que, como se comenta en «Pasados posibles», se cifran en la tarea de exhumar el pasado para enfrentar la vida y en la mezcla de deseo y memoria. Por ello, en «Nemo en Nueva York» y «Nueva York soñado y paseado» se leen, desde estas premisas y sin dejar de lado motivos recurrentes como la figura del naufrago, las crónicas literarias reunidas en volúmenes como *Ventanas de Manhattan*.

Héroes alfabéticos culmina en «Vampiros» (275-292) con un homenaje al poder fascinador de esta figura mítica y literaria. En «Simpatía por el vampiro» Serna nos deleita con diversas observaciones sobre el tema y recuerda la antología *El vampiro* de Si ruela por su valor de haber fijado el «canon vampírico» (277), pero a la que no le perdona el haber amputado la novela de B. Stoker de la que se ocupa en «Drácula». Y es en este capítulo donde mejor sobresale el historiador con su fino análisis sobre el mundo británico y la sociedad liberal y capitalista del siglo XIX.

Libro sin duda plural, heterogéneo, por la distinta procedencia de los textos y en el que son inevitables ciertas repeticiones (Freud y lo siniestro, Ginzburg, Canetti), pero que realiza un gran esfuerzo de cohesión a partir de la figura del héroe. Y si se echa en falta más novelas de escritoras y en ocasiones haber ahondado en el personaje literario en la línea del último trabajo, es de agradecer el apartado de «referencias bibliográficas citadas» por ordenar esta sugerente biblioteca personal y la pasión y erudición con que Serna nos invita a viajar por este compendio dulce y útil. Héroes en fin que algún día podamos ver completados con todas las letras del alfabeto. ■